

desde el momento que se pone en contacto con su instrumento. En el claro y orgánico desarrollo artístico de Hugo Fernández no ha habido «camouflage» posible. Los sucesivos frutos de su constancia, su esfuerzo y sus naturales condiciones han podido ser comprobados con perfecta precisión a través de varios años, durante los cuales un eminente y culto maestro, el Sr. Alberto Spikin Howard, ha ido tallando en materia ideal la figura de un futuro gran pianista.

Aunque del examen final nos habíamos ya formado una idea anticipada, éste presentó, no obstante, verdaderas sorpresas. El artista, en obras de diversa índole, tales como «Chaconne» de Bach-Busoni, la Sonata en Si menor de Liszt y algunas obras rusas (que convienen muy especialmente a su temperamento) nos demostró ahora que entraba en posesión de un vigor, calidez de interpretación y fuerza de temperamento absolutamente nuevas. Así, este examen marca una etapa en su carrera, pues después de él hemos sentido que Fernández se ha completado.

Ahora que está armado caballero del arte, llega una ocasión para él que creemos sabrá aprovechar si tiene conciencia del alto porvenir que le espera. Es el momento de todas las liberaciones, el de encontrarse «a sí mismo»; pero no con la fascinación del mero brillo, siguiendo los falsos senderos del «chevalier au piano», sino del «caballero de la música», a fin de poder robustecer cada vez más la fibra propia.

Entre algunas de las afirmaciones que suelen creerse a los médicos hay una que asegura que un órgano funciona más perfectamen-

te, cuanto menos se acusa su existencia y trabajo, entregándose solo a la suave función sin revelar el esfuerzo. Ojalá, pues, sintamos cada vez más que esta esperanza segura, se convierta en canal por donde fluirán las obras musicales, sin sentirse el roce de la enorme, pero abnegada fuerza que prefiere ser servicio y no finalidad.

Si su eminente profesor que comparte en esta etapa su triunfo, le ha dado el «espaldarazo», es un deber de todos el interés y el estímulo para este gran elemento del arte musical chileno que acaba de consagrarse y verdadero orgullo del Conservatorio Nacional, establecimiento donde se formó.

Lo que queda por hacer ya no se aprende; pertenece al misterio de los vinos y de los violines de calidad: el tiempo.—**JORGE URRUTIA B.**

NOTAS DEL CINE

«INTERNADO PARA SEÑORITAS»
(Mädchen in Uniform).

Una de esas obras maestras que, de vez en cuando, produce la cinematografía alemana, de calidad semejante al «Angel Azul» o «El Vampiro de Düsseldorf». La novedad sorprendente de esta película reside en que, junto a los actores profesionales, cuyas caracterizaciones son absolutamente perfectas, actúan con no menos propiedad un centenar de muchachas, que nos dan la sensación de consumadas actrices. Gracias a este elemento, el ambiente íntimo de un pensionado de señoritas es reproducido con tan convincente veracidad, que todas las peripecias de su vida quedan impresas en la imagina-

ción, de un modo indeleble. Vida dolorosamente comprimida, como en un zapato chino, es la de estas pobres «muchachas de uniforme», en su internado que rige severamente la disciplina prusiana impuesta por la Directora.

Pero esas naturalezas jóvenes, en que la vida sentimental apunta ya, vagamente imaginativa, pero con inquietud dolorosa, buscan a ciegas una salida a su necesidad de afecto insatisfecha. Y así nace esa pasión de la sensitiva muchacha huérfana, «Manuela», por la joven y maternal Profesora, la Srta. von Bernburg (Dorothy Wieck). Nada hay de perverso en esta pasión; pero dentro de la inhumana rigidez reglamentaria del establecimiento, reviste los caracteres de un conflicto dramático, que culmina en el escándalo.

Sólo cuando Manuela, la pobre oveja negra, separada ignominiosamente de todas sus compañeras, intenta suicidarse, la vieja Directora comprende los resultados deplorables de su sistema, y siente vacilar sus más arraigadas convicciones.

Nada hay más emocionante que esa escena, en que el instinto generoso de las muchachas se sobrepone al temor del castigo, y violando la prohibición y atropellando las reglas y disciplinas, se revolucionan por la ausencia inquietante de Manuela y, mientras una se cuelgan a la campana de alarma, las demás corren enloquecidas por los corredores y escalas desiertas, llamando a la compañera con gritos desgarradores.

«Internado para Señoritas» es una gran obra de arte, y una lección de profunda psicología que todos los educadores debieran aprovechar.



Eskimo

«ESKIMO»

¿En qué reside el secreto de este film, para impresionarnos con una intensa emoción de belleza que sólo son capaces de comunicar las obras de arte plenamente logradas? Primeramente, por la espléndida revelación que produce de una humanidad y de una naturaleza desconocida para nosotros; y luego, por la maestría artística con que se ha conseguido hacer actuar a esa humanidad para conseguir la ilusión perfecta de un documento vivo,

en que ningún artificio entraba su maravillosa espontaneidad. Y sin embargo, a pesar del sentido necesariamente realista de esta obra, hay en ella una visión de síntesis perfecta, que elimina todo detalle banal, toda intriga accesoría, para hacer resaltar en el argumento un solo contraste fundamental: la vida simple, noblemente humana de los esquimales, frente a la tortuosa y envilecida mentalidad del hombre civilizado. Juzgando la complejión anímica de este pueblo, primitivo en cuanto a civilización, nos incli-

namos a pensar como Rousseau que el hombre en estado de naturaleza es bueno por instinto, y que en el seno de la sociedad se perversa.

«Mala», el protagonista, es un bello ejemplar humano, espléndido y puro de alma y de cuerpo. Ama la libertad por sobre todas las cosas, y no concibe ni el engaño ni la cobardía. Cuando los blancos, violando sus promesas, lo conducen prisionero, aun más que las cadenas, insufribles para un cazador libre e intrépido como él, lo abruma la idea de la deslealtad de los que

ha juzgado sus amigos. Y este parece ser el tono moral de todo su pueblo. Junto a nuestra moral, estrecha y plagada de ridículos prejuicios, cuán amplia y cordial nos parece la de esos hombres, que ceden generosamente su mujer a un amigo abatido para que le preste consuelo, y «lo haga reír», como dicen ellos en su plástico lenguaje, tan rico en imágenes vivientes y metafóras.

Hay en esta obra un momento sobrecogedor por su belleza, y es aquel donde «Mala» para librarse de la persecución de un fantasma, implora a los espíritus que le den un nombre nuevo, según le ha aconsejado el hechicero de su tribu. En la cumbre de un monte, mientras está en oración, un pájaro sobre su cabeza grita: «Kripik». Los espíritus han escuchado su plegaria, y «Mala», desde este momento «Kripik» transportado en éxtasis religioso, danza; y esta danza no aprendida, exteriorización pura de los movimientos de su alma, tiene una grandeza y un misterio profundo cuyo sentido los hombres civilizados perdieron ya desde un tiempo inmemorial.—C. H. S.



Eskimo.

TEMPESTAD SOBRE MEJICO

LA TRAGEDIA DE UN GRAN FILM,
POR HENRI TRACOL.

En algunos días más se presentará en Santiago la película del gran cineasta ruso S. N. Eisenstein «Tempestad sobre Méjico». Este film ha abierto una seria polémica en todos los círculos intelectuales del mundo. Se ha creado un vasto comité internacional para la defensa del film de Eisenstein, debido a que la firma norteamericana

que encargó a este director la película sobre Méjico, ha desvirtuado completamente dicho film, y sus originales, obra de la más pura creación cinematográfica, han sido vendidos en pedazos a diversas casas productoras para que sirvan de escenario a películas de ínfima calidad.

Insertamos un artículo aparecido en una revista parisiense, a raíz de la presentación de «TEMPESTAD SOBRE MÉJICO», en esa capital.

«Un gran «metteur en scène» ruso es contratado por una firma ameri-

cana que lo hace venir especialmente a Hollywood... para no confiarle ningún trabajo. Después de seis meses de discusiones estériles, se encuentra casi a punto de liar sus maletas, cuando el escritor Upton Sinclair le proporciona los medios de rodar un film sobre Méjico. Parte, pues, acompañado de su fiel operador y, provisto de una vieja cámara y dos pequeños reflectores filma, durante catorce meses, en condiciones a veces bastante difíciles alrededor de ochenta mil metros de película.



Internado de Señoritas.

De vuelta a Hollywood, se apresura a comenzar el montaje de «Que viva Méjico», que, según sus deseos se presentará como una vasta epopeya mejicana, cuando el Gobierno de los Estados Unidos decide bruscamente rechazar toda prolongación de su permanencia en el país. Eisenstein toma nuevamente el camino de Moscú, pero con la promesa formal de parte de Sinclair, de que el negativo le seguirá muy pronto y que podrá allá terminar su obra.

Y es aquí donde comienza el escándalo.

Espantados sin duda por las

concepciones revolucionarias del gran metteur en scène soviético, Upton Sinclair decide descuidar deliberadamente los proyectos de Eisenstein, y muy lejos de enviar los kilómetros de negativos a Rusia para los fines del montaje, confía este trabajo gigante a algunos enanos serviles y limitados por el espíritu de Hollywood. «Que viva Méjico» se convierte entonces en ese pequeño bastardo, bautizado con el nombre de «Tempestad sobre Méjico», y presentada en el mundo entero como la obra maestra de S. N. Einsenstein.

De este modo, la menguada his-

toria que se nos cuenta es apenas la sexta parte del proyecto primitivo. En el prólogo, precipitado y maltrecho, se nos priva de la maravillosa ceremonia fúnebre de los antiguos Mayas, reconstituída con gran trabajo en pleno desierto de Yucatán. No veremos tampoco, en el curso del film, ninguno de esos admirables pasajes que sabemos, sin embargo, que fueron rodados: la Danza de los Esqueletos, el Día de la Muerte, los numerosos episodios de la Revolución de 1910; en cuanto a la corrida de toros se sabe que Upton Sinclair logró venderla, «al detalle» a la

firma productora de «Kid from Spain»...

Aun en las partes del film que no han sido pura y simplemente sacrificadas, se siente el «partpris» de eludir, de abreviar las escenas más importantes, como la fiesta de «Corpus Christi», y, sobre todo, aquella insurrección de peones, de la cual sólo subsisten dos o tres planos sin fuerza y sin intensidad expresiva.

Pero donde tales procedimientos llegan a hasta lo intolerable es en la desnaturalización del espíritu mismo de la obra, «fabricándole» una conclusión diametralmente opuesta a la del autor. ¿Qué significan, en efecto, esa apoteosis final del nuevo Méjico, esos desfiles militares, esas paradas exportivas, esas sonrisas estandarizadas de los peones que han pasado del servilismo agrícola a la esclavitud industrial—todas cosas que Eisensstein proyectaba tratar de un modo irónico, satírico, oponiéndoles la



Internado de Señoritas.



Tempestad en Méjico.

fe revolucionaria casi tradicional, adormecida en el corazón de los descendientes oprimidos de los antiguos Mayas?

Un crítico americano de algún renombre, Robert Wagner, se ha atrevido a hablar de «Tempestad sobre Méjico» como de un «vástago de un matrimonio entre Hollywood y Moscú». «Como sucede, a menudo, agrega, el niño es más hermoso que cada uno de sus padres».

Hay una palabra para designar

tales «matrimonios». Y todo el mundo no está dispuesto a aceptarlos con el mismo entusiasmo.

Se ha protestado. Se protestará aun más. Se ha constituido en Nueva York, con la participación de personalidades como la de Waldo Franch, un «Comité Internacional de defensa del film mejicano de Eisenstein», cuyo fin principal es recoger los fondos necesarios para enviar a Moscú la totalidad del negativo de «Que viva Méjico».



Internado de Señoritas.

¿Cómo juzgar por lo demás, un film que traiciona a tal punto las ideas de su autor? Muchos pasajes, sin embargo, nos hacen presentir lo que Einsenstein deseaba revelarnos de la historia de Méjico en sus trágicos episodios. Aquellos rostros de esclavos a punto de sacudir su yugo secular, nos emocionan tanto más cuanto que se ha tenido el cuidado de confrontarlos con las máscaras de sus lejanos antepasados, esculpidas en piedra en los ángulos de los grandes monumentos az-

tecas. Y, sobre todo, está el impresionante suplicio de la cabalgata, cuyas imágenes son de tal belleza, de tal grandeza dramática, que hacen olvidar las insuficiencias de las otras partes del film.

Esperemos que el Comité para la defensa del film mejicano de Eisenstein nos dé luego la esperanza de ver algún día realizada, acaso la más genial obra del más genial de los cineastas de nuestro tiempo: S. N. Eisenstein. —H. T.»

MARIO VARGAS R.



Tempestad en Méjico.